

Enrique Del Risco

---

# Elogio de la levedad

Mitos nacionales cubanos  
y sus reescrituras literarias  
en el siglo xx

 EDITORIAL  
**Colibrí**

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	13
INTRODUCCIÓN .....	15
CAPÍTULO I: MARTÍ: MITO, DOGMA, IDEOLOGÍA .....	29
Échale la culpa al mito .....	29
Nace una estrella .....	30
El sueño de mármol de Martí .....	35
¿Qué fue lo que usted soñó? .....	41
Nacionalización del mito .....	45
Mitos y cansancio clásicos .....	49
El renuevo y otros mitos .....	51
La vida es grave .....	52
...y Fidel te lo cumplió .....	55
El eterno retorno del mito .....	61
La casa del alibi .....	65
CAPÍTULO II: EN BUSCA DE LA LEVEDAD MARTIANA .....	69
Olvidar a Martí .....	69
Los precursores .....	70
Soñando con Martí .....	76
El Martí de Mariel .....	83
Adivinanza: ¿Qué es un martillo?	
Respuesta: Nuestro apostolillo .....	89
Martí, modernismo y modernidad .....	98
Los sueños de la nación producen monstruos .....	101
Imaginería martiana .....	109
Monólogo del cínico .....	112
Palabras perdidas .....	116
Conclusiones: crónicas martianas .....	121
CAPÍTULO III: REVOLUCIÓN: LAS MIL VIDAS DE UNA PALABRA .....	131
La palabra mágica .....	131
De lo neutral a lo sublime .....	134
Revolución $\cong$ Independencia .....	138

La Revolución de Martí .....	140
La República nostálgica .....	144
La Revolución endémica .....	147
Golpe y contragolpes .....	154
La Revolución se hace poder .....	157
La buena, nueva, fe .....	159
Nuevas contingencias del pasado .....	161
El relato del dogma .....	165
Ficciones oficiales .....	170
Reescritura de una tradición .....	178
El mito compartido .....	180
Decadencia del mito .....	183
CAPÍTULO IV: EL LADO LEVE DE LA REVOLUCIÓN .....	191
El mito revolucionario en la literatura republicana. Las prime- ras décadas .....	191
La manigua sentimental .....	193
Loveira y Ramos: la realidad impura .....	200
Después de la tormenta: algunas objeciones al mito .....	203
La Revolución y la noche (de Ramón Yendía) .....	205
Los reinos de la Revolución .....	210
Las políticas de Orígenes .....	213
La eternidad comienza en Lunes .....	218
La Novela de la Revolución o la búsqueda del unicornio .....	225
El rojo y el gris .....	231
Fuera del juego .....	233
Fue en el 80, nunca se olvide .....	238
Piñera ataca de nuevo .....	239
Avatares de la Revolución superflua .....	246
La revancha del desencanto .....	251
Penúltimas imágenes de un naufragio .....	255
Nuevos (y leves) desembarcos .....	257
Elogio de la levedad .....	262
Objeciones finales .....	266
¿CONCLUSIONES? .....	269
BIBLIOGRAFÍA .....	279

## Introducción

*Lo que nos hace libres es el conocimiento de quiénes éramos  
y en qué nos convertimos; dónde estábamos y dónde fuimos arrojados;  
hacia dónde corremos y de qué somos liberados; qué es nacer y qué es renacer.*

Clemente de Alejandría, *Excerpta ex Theodoto*

*Es como si la Humanidad se hubiera dividido a sí misma entre quienes  
creen en la omnipotencia humana (los que piensan que todo es posible  
si uno sabe organizar a las masas para lograr ese fin) y entre aquellos  
para los que la impotencia ha sido la experiencia  
más importante de sus vidas.*

Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*

### **SOBRE LOS MITOS Y EL PESO DE LA HISTORIA CUBANA**

**H**ACE casi medio siglo los cubanos asistían a lo que parecía ser la consumación de la historia nacional. “Somos actores de una historia increíble” anunciaba entusiasmado Guillermo Cabrera Infante, quien años después se convertiría según su propia definición en el Anti-Castro. La revolución de 1959 parecía dar fin a las búsquedas individuales y colectivas de un modelo de nación que aunara prosperidad y soberanía, igualdad e independencia. “El 26 de Julio significa para mí, [diría Lezama] (...) una disposición para llevar la imposibilidad a la asimilación histórica.” (Lezama, 1981, 22). Por aquel entonces buena parte del decursar histórico cubano parecía adquirir un nuevo y definitivo sentido: desde la ejecución de un rebelde taíno a inicios de la conquista española hasta una revuelta campesina dos siglos después, pasando por una abultada serie de insurrecciones y conspiraciones, los proyectos mesiánicos de José Martí o las innumerables críticas a la república fundada en 1902. El país desarraigado de que hablaba Fernando Ortiz, la levedad nacional a la que aludía Cintio

Vitier y la frivolidad e improvisación que según Mañach marcaban el carácter del cubano, tocados por la magia de la Revolución, reconciliados con el espíritu de la Historia, parecían encontrar su redención definitiva en el nuevo proceso revolucionario, cuyo discurso determinista y teleológico anunciaba la definitiva salvación del país. Según este discurso el nuevo régimen socialista constituía el cumplimiento y la superación de las profecías hechas por José Martí y por la vasta genealogía revolucionaria en que estaba inscrito su pensamiento. Incluso las críticas a este discurso no se detenían a cuestionar estas profecías sino que apenas se limitaban a acusar al nuevo régimen de pervertir su verdadero sentido.

Décadas después y en medio de las actuales circunstancias políticas, sociales y económicas en que vive la isla, el relato histórico nacional construido por el poder vuelve a emerger como la razón última de su supervivencia. Cualquier crítica a la gestión económica del régimen, a la falta de libertades civiles o a su agresiva retórica en política exterior, por poner sólo tres ejemplos, no sólo es vista como un ataque al gobierno o un cuestionamiento de su legitimidad sino como “una traición, [como] la más abyecta colaboración con los enemigos históricos de la nación”. Si el actual régimen es la culminación de la historia nacional no sólo debe concluirse que soportar las tribulaciones cotidianas o la falta de libertades equivale a cumplir con el mandato histórico de los próceres de las distintas revoluciones. Significa, además, que la nación estaría condenada a repetir hasta el infinito el repertorio de acciones que constituyen el relato básico de la historia nacional, sin opciones de cambio. Quizás nada resume mejor esta versión vernácula del mito del eterno retorno que las constantes comparaciones entre la resistencia a los cambios que se venían produciendo en el bloque comunista de Europa del Este y la posición del general Antonio Maceo al final de la primera guerra de independencia, negándose a deponer las armas en la llamada Protesta de Baraguá. “Cuba es y será un eterno Baraguá” rezaba la consigna que desde finales de los ochenta se repite machaconamente. Cualquier salida posible a la situación quedaba cancelada por los compromisos con la Historia. La conocida frase con que Marx intenta resumir la relación que establecen los hombres en su accionar histórico con el pasado (“La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”) cobraba en el caso cubano una vigencia desmesurada.

No es extraño entonces que buena parte de la producción intelectual cubana de los últimos tres lustros esté marcada por el peso abrumador de la Historia. A diferencia de los intelectuales franceses, por poner un ejem-

plo, su contraparte cubana no puede ver la revolución como un punto luminoso (u oscuro) de su historia trascendente e irrepetible. A la hora de afrontar el término “revolución” los intelectuales se encuentran más bien en una situación sugerida por Milan Kundera en su novela “La insostenible levedad del ser”.

Si la Revolución francesa tuviera que repetirse eternamente, la historiografía francesa estaría menos orgullosa de Robespierre. Pero dado que habla de algo que ya no volverá a ocurrir, los años sangrientos se convierten en meras palabras, en teorías, en discusiones, se vuelven más ligeros que la pluma, no dan miedo. Hay una diferencia infinita entre el Robespierre que apareció sólo una vez en la historia y un Robespierre que volviera eternamente a cortarle la cabeza a los franceses (Kundera, 1998, 7).

La propia imagen de una revolución, la cubana, que se extiende por décadas más allá de cualquier límite plausible para un proceso histórico puntual y contingente, ha reforzado la idea entre muchos intelectuales cubanos de un insostenible sobrepeso histórico. Sobre (y contra) este excesivo peso de la Historia han aparecido en los últimos tiempos innumerables ensayos, poemas y novelas de autores cubanos de diferentes generaciones tanto de la isla como del exilio. En relación a este sobrepeso la distinción entre el discurso de la isla y el del exilio, o entre revolucionarios y contrarrevolucionarios se ha vuelto cada vez más inoperante. El autoritarismo mesiánico, que marca tanto al discurso del poder en Cuba como el de sectores extremos del llamado exilio histórico, junto a la paralela gravedad con que asumen ambos sus, al parecer, irreconciliables posiciones políticas e ideológicas, obligan a pensar en diferencias más aparentes que reales. Los modos de concebir la historia cubana y el sentido de lo nacional marcan en la actualidad —como en la frase de Hanna Arendt con la que introduje estas páginas— una diferencia más clara que los antiguos desacuerdos políticos e ideológicos. Por otro lado no se necesita un análisis exhaustivo de la historia cubana (o latinoamericana) para reconocer una recurrencia constante a un discurso autoritario, mesiánico y teleológico que ha pretendido monopolizar el sentido de lo nacional. Se va imponiendo entonces un cambio de paradigmas que sirva no sólo para comprender la dinámica discursiva de la nación en la actualidad sino cómo ésta ha funcionado a lo largo de la historia. En ese sentido el ensayista Rafael Rojas propuso en alguna ocasión contraponer una tradición discursiva instrumental frente a otra emancipatoria. A la hora de esquematizar las dos modalidades discursivas de lo nacional en Cuba prefiero pensar en términos de discursos graves y leves. Los primeros se caracterizarían por su tono solemne, su senti-

do mesiánico, su comprensión teleológica de la historia y su vocación autoritaria. Los discursos leves se caracterizarían por la levedad del tono, el apego a una racionalidad contingente, una visión irónica de lo histórico y una vocación anárquica. Esta división necesariamente esquemática no lo es por las dificultades para aislar en la práctica ambas modalidades del discurso nacional. En medio de representaciones graves de lo nacional podemos encontrar rasgos de un discurso leve y viceversa. Esta división a su vez permite poner en pie de igualdad simbólicas modalidades del discurso usualmente no comparables, que van desde el discurso político, el ensayo histórico, los diferentes géneros narrativos, la poesía e, incluso, otras manifestaciones artísticas.

Ocorre no obstante que en todos estos modos discursivos pueden reconocerse construcciones míticas, imágenes recurrentes con fuerte capacidad sugestiva, relatos básicos que intentan dar sentido —al margen de la profusión de hechos que conforman la historia nacional o que parten de una caprichosa selección de estos— al decursar de la nación. Entre estos mitos los más reconocibles y recurrentes en la historia cubana del último siglo son el de José Martí y el de la Revolución. Como intento demostrar en este trabajo, sobre estas dos imágenes, cualquiera que sea el signo, la intencionalidad o el nivel de elaboración narrativa, se han montado la mayor parte de los grandes relatos sobre la nación en el período que nos ocupa. La necesidad del imaginario colectivo cubano de suponerle un destino único y excepcional a la nación —destino excepcional que constituye un tercer mito nacional no menos persistente que los anteriores pero que por razones de espacio no voy a abordar— encuentra en José Martí a su protagonista idóneo y en la Revolución, su *deus ex machina* favorito. Ciertamente la historia de esa manipulación política es profusa e indiscriminada, pero reducir la existencia de estos mitos a dichas manipulaciones dejaría fuera la producción intelectual que los ha conformado o criticado.

## MITO Y DOGMA

No seré quien primero se refiera a José Martí y a la Revolución como mitos nacionales cubanos. Sobre todo en los últimos lustros autores como Rafael Rojas, Carlos Alberto Montaner, Julián B. Sorel o Emilio Ichikawa han identificado a Martí y la Revolución como mitos nacionales, pero partiendo de un concepto de mito entendido como falsedad, superstición o, como señala Rojas, utilizando la definición de Barthes de mito como “habla despolitizada” o “lenguaje robado”. Según la concepción de Barthes